

RECENSIONES

OTTO DE HABSBURGO: *Europa y Africa. Vínculos permanentes*. Traducción del francés por Julio Cola Alberich. Madrid. Espasa-Calpe, S. A., 1963, un vol. de 288 páginas, con mapas.

Con la pulcritud editorial característica de la casa Espasa-Calpe, y a través de una impecable—y nada fácil—traducción española realizada por un experto en cuestiones africanas, como Julio Cola, se nos presenta esta obra, cuyo título sólo da una idea parcial o aproximada de su contenido, sin que ello suponga que el lector se sienta defraudado, sino más bien lo contrario. Porque el libro no se ocupa de todos los motivos de vinculación permanente entre Europa y Africa—materia propia de la abundante literatura euroafricanista al alcance de muchos—, sino concretamente de aquellos que se derivan de la presencia y de la acción de los dos países peninsulares, Portugal y España, los primeros en abrir el continente hostil o cerrado a la civilización moderna, y según la situación presente, los últimos en concluir esa tarea, que sus concurrentes europeos han realizado en menos tiempo, con mayor intensidad si se quiere en el orden material, pero con una precipitada o apresurada liquidación en los últimos momentos del período histórico que vivimos.

La obra es desigual en su desarrollo, aunque no en su calidad, que se uniformemente buena. Podrá el lector suscribir o no todas las tesis y opiniones que con abundante franqueza y claridad ha estampado el autor. Pero en las que les ofrezcan reparo—y al crítico sólo se le sugieren en limitados aspectos concretos de aquellas tesis—la admiración y el respeto acompañarán a la lectura. Por múltiples razones. El autor, egregia personalidad de un linaje vinculado al glorioso pasado de España, es desde hace mucho un internacionalista, pero desde hace poco un africanista, aunque ya resulte, como tal, veterano, por la profundidad de sus perspectivas. Acaso sus contactos con la península han estimulado su africanismo, colocado en primera línea de los problemas mundiales por obra y gracia de los acontecimientos posteriores a 1958. El autor enlaza sus tesis tradicionales sobre la significación del presente mundial, y sobre la orientación deseable para el futuro, con una aplicación concretada a la realidad del presente africano, especialmente considerado en los territorios vinculados a los países peninsulares. Otto (u Otón) de Habsburgo es, lógica y formalmente, el heraldo de la colaboración entre europeos y africanos, y el prudente consejero que llama la atención sobre el peligro de novedades confusas, alegres o irresponsablemente acogidas y empujadas por muchos sectores internacionales, que tras la carátula de la descolonización ocultan las ansias de los poderes oscuros para reemplazar al viejo colonialismo, suavizado y experimentado, por el neocolonialismo feroz y utilitario de signo antieuropeo. Y es, además, un observador agudo y ameno. Mediante viajes forzosamente rápidos e incompletos—al menos en algunos de los escenarios visitados—, el autor ha contrastado la realidad con sus concepciones adecuándolas. Observa, pondera, califica, a veces profetiza, siempre relatando con amenidad más mediterránea que centroeuropea; y así consigue que el interés del lector no decaiga un momento.

RECENSIONES

Hemos dicho que el libro es desigual y lo explicaremos: de once capítulos, y quitando el postrero, de carácter sintético con relación al conjunto, cinco se dedican a África española y tres sólo a la portuguesa, cien veces mayor que aquélla. Esta desigualdad puede quizá acentuar el interés del lector español—la obra se publica en España—y tiene como compensación la aparición en Lisboa de otra publicación suya: *Notas de viagem na Africa Portuguesa*, que contiene, amplificadas y sin aditamentos ajenos, los datos correspondientes a los capítulos VI a VIII de la presente obra. El primer capítulo se consagra a Ceuta y Melilla, que no son sólo reliquias históricas, sino realidades vivas que se justifican y defienden por sí solas de cualquier tentativa simplista para confundirlas en lo que se llama «proceso descolonizador». El segundo capítulo, a Ifni, y anotamos nuestra admiración por el gran partido sacado por el autor a los supuestos fácticos que nutren el texto. El tercero, al Sahara; el cuarto, a Fernando Póo, y el quinto, a Río Muni. Siguiendo el mismo sistema de Geografía escalonada en la presentación, los tres capítulos sobre el África Portuguesa se refieren a Guinea, Angola y Mozambique, notando el vacío de los relativos a Cabo Verde (que quizá sea para el autor un archipiélago periafricano, como Canarias y Madera, pero no africano), y a Santo Tomé-Príncipe, las islas hermanas de Fernando Póo-Annobón. Los subtítulos no pueden ser más elocuentes ni estar mejor escogidos: «carrera contra el reloj», por ejemplo, en el caso de Río Muni. «Entre la solución brasileña y el caos», el referente a Angola.

Los partidarios de los textos condensados, a base de nombres y cifras sin alma, para manipular al estilo de los *abregé* que usan ciertos estudiantes en examen, que se aparten del libro. Los que deseen conocer los problemas, deleitándose simultáneamente con su presentación y siguiendo una línea neutral que se contrasta y comprueba a cada paso, que acudan a esta obra. Les enseñará y les satisfará. Aunque, como todas las buenas obras, gustaría más la prolongación de su contenido.

No podemos particularizar sobre los múltiples aspectos concretos del libro, cuyo conocimiento debe hacerse directamente. Sólo consignaremos que nuestro deseo es que el autor acierte en todos sus vaticinios, nutridos de una suerte de optimismo que nos gustaría compartir sin reservas. Pero si podemos recoger una anécdota que toca en lo más hondo a nuestros hispánicos, maltratados no sólo por la mala voluntad extraña en forma de «leyenda negra», sino también por la agresión, disfrazada o silenciada por los poderosos medios deformativos del mundo que se autocalifica de democrático. Es la anécdota del anciano indígena—*chamorro*—que en la olvidada isla de Guajan (o Guam), una de las arrebatadas en el despojo *jingo* de 1898, tiene en su humilde cabaña, no lejos de las confortables viviendas de los dominadores, un retrato de Franco, recortado de *Life*. Y cuando el autor le pregunta el porqué, dice orgullosamente que se trata del Rey de España, del cual son súbditos los *chamorros*, aunque lleven muchos años ocupados por el extranjero, del que esperan ser liberados algún día. Ese *chamorro* adaptó a su caso el viejo lema de la Universidad mejicana—«Por mi espíritu hablará mi raza»—, en un alarde de Hispanidad, tanto más sublime cuando más desconocidos por el mundo. No muy diferente es el grito de legítimo orgullo con que un africano supuestamente pendiente de ser «liberado», afirma rotundamente: No soy negro, soy portugués. Y es que ciertos valores del espíritu, forjados en la península, pueden quebrarse ante las fuerzas materiales, pero no se pliegan ni se transforman por la vía del chalaneo. Por eso, el África ibérica no debe seguir el destino de otras Áfricas, abundantemente colonizadas, pero sólo mecánicamente penetradas desde el punto de vista del mestizaje espiritual.

J. M. C. T.

RECENSIONES

PARKER, FRANKLIN D.: *The Central American Republics*. Oxford University Press, 1964, X más 348 págs.

No es la primera vez que en esta Sección oreamos el acuciante panorama de las naciones de Centroamérica. (A este respecto, recuérdese la recensión del libro de Martz *.) Pues bien; nuevamente registramos en esta REVISTA una obra sobre el mundo centroamericano, y obra bien reciente.

* * *

El volumen reseñado se abre con una estimación de las particularidades de la flora y de la fauna, del agua y de la tierra y del clima de la región del istmo. (Una advertencia; sin Panamá.)

Otros tres capítulos enfocan distintos aspectos del área centroamericana como un todo.

En este sentido, singular interés reviste para nosotros el apartado dedicado al *Istmo unido* (págs. 57-39). En él son estudiadas las particularidades del gobierno colonial, de la economía colonial, de la cultura y del arte coloniales y de la religión en la fase colonial. A continuación sigue un enjuiciamiento del decepcionante período que va de la independencia a la desunión. Los aspectos clave—y su contexto político—del proceso de reunificación son trazados en nueve páginas (con principal énfasis sobre la experiencia representada por la O. D. E. C. A.).

Lo esencial a destacar aquí es que, a través de la investigación del profesor Parker, el lector asiste—en cinco capítulos sucesivos—a una visión al día de las existencias nacionales de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

De cada uno de esos cinco Estados del Istmo, se tiene una evaluación de los agitados procesos históricos nacionales. El lector dispone de una clara—y concisa—valoración acerca del crítico mundo centroamericano.

Vemos si aspectos tan concluyentes como el desarrollo del Estado y de la política, pero también factores tan sustancialmente determinantes como la dinámica económica. En este dominio, contamos con un desmenuzamiento de los por menores referentes a los componentes de la estructura económica y social.

Por lo que a esta REVISTA respecta, se impone subrayar que la básica estructura económica de la América Central no ha cambiado en ciento cuarenta años de independencia de España. Efectivamente: todos los países del Istmo siguen dependiendo de la agricultura para su existencia.

Ciertamente, se hablará de problemas de raza y de la tierra en Guatemala, de problema de la población en El Salvador o simplemente de un problema de desarrollo en Honduras (vid. pág. 209). Pero lo indubitado e indubitable es que estamos ante países de economía agrícola, con toda la carga de problemas del subdesarrollo (*Coffee Republics, Banana Republics*).

Alguno de estos Estados es *abrumadoramente* agrícola. Así ocurre con Honduras, en donde los cinco sextos de la población económicamente activa se hallan enrolados en las tareas agrícolas. En El Salvador, la proporción es de dos tercios, aproximadamente. En Nicaragua y en Guatemala, dos tercios. La cifra de Costa Rica no es más que el 54 por 100. (Datos de 1950.)

Dentro de estas naciones, sólo una—Costa Rica—ofrece el caso de una agricultura con gradación en la extensión de las explotaciones. Verdad es que Costa Rica, como todos los Estados centroamericanos, sufre de un problema de distribución de tierra. Ahora bien; su porcentaje «mucho más alto» de campesinos con *tierra bastante* le da un tono distintivo en la región del Istmo.

* Vid. R. P. I., núms. 56-57, julio-octubre 1961, págs. 517-518.

RECENSIONES

Aún más. Parker habla reiteradamente de *Subsistence Agriculture* (vid. págs. 112, 162, 200, 237 y 279.)

Todo eso se percibe con claridad en el trabajo llevado a cabo por el profesor Parker. Aparte de facetas como los productos *úpicos* de la agricultura, los géneros exportados, la «empresa» de la *United Fruit Company* y sus fricciones con los Estados, etc.

En fin, en una coyuntura de crisis, resulta natural que las cuestiones agrarias posean la máxima relevancia. Señalemos, por ejemplo, cómo está en el ambiente el problema de la reforma agraria (en El Salvador, Honduras, Nicaragua: vid. págs. 304-305). Tal cuestión se inscribe en la agenda del programa gubernamental, se estudia, etc. Paralelamente, se sugieren planes (cons. págs. 304-305).

* * *

Concluyendo, el autor presenta la herencia del pasado y las realidades del presente, en la esperanza de que pueden dar luz sobre la marcha futura. En un capítulo final, Parker otea las perspectivas de la nueva década, la década de los *sesentas*. Ella se configura como un histórico decenio hacia el progreso económico y la justicia social, hechos posibles por hombres trabajando dentro del marco de las instituciones democráticas (pág. 302). Aquí el libro reseñado termina por poner el acento sobre determinados hábitos y actitudes del existir centroamericano.

Ahora bien; combinando el *realismo* en el enfoque de los problemas con el *optimismo* en la valoración de las perspectivas, Parker no se inserta en la vía del pesimismo. Y, así, a juicio del autor, lo que impide a los centroamericanos entrar completamente en el siglo xx no es un inexorable destino, sino *antiquated customs*.

¡Trascendente afirmación! Téngase en cuenta cómo Martz ha hablado de *Subcontinente en crisis*, al referirse a las seis Repúblicas «centroamericanas» (con Panamá). Hay sobrados motivos para pensar así. Por ejemplo, el volumen comentado nos muestra situaciones límites tan inconcebibles como la siguiente. En 1953, un estudio del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo aseguraba que en 1950-1951 más del 25 por 100 de la renta nacional de Nicaragua iba al 1 por 100, aproximadamente, de la población. A la par, nos encontraremos con realidades semejantes a ésta: en Honduras, y en 1950, sólo el 31 por 100 del pueblo usaba zapatos. Finalmente, también penetraremos en las esperanzas de las masas campesinas. Por ejemplo, en las de Guatemala: hechas realidad a principios de los *cincuentas*, cuando se iniciaba un programa de reforma agraria, y derrocadas tras los acontecimientos de 1954.

¡No es poco lo que implican tamañas evidencias! Díganlo, a manera de muestra, los pensamientos que el político José Figueres ha esgrimido: «Dentro de un centenar de años, los americanos... no comprenderán.. cómo—en medio del siglo xx, con nuestros recursos naturales, con el presente avance de la ciencia y con dos mil años de cristianismo—mantenemos a la mayor parte de nuestra población en un intolerable nivel de miseria...»

¡Tremenda problemática la que se encierra en esos abrumadores asertos! A delimitar la médula de tal temática puede contribuir el estudio del profesor Parker.

* * *

La obra se completa (págs. 319-334) con un interesante apéndice bibliográfico. (Aparte de las frecuentes notas a pie de página.)

Un índice pone fin al libro—de cuidada factura—.

Y de mencionar son dos mapas desplegables insertos fuera del texto.

LEANDRO RUBIO GARCIA.

RECENSIONES

TALMON, J. L.: *Politischer Messianismus*. Köln-Opladen, 1963, Westdeutscher Verlag, XV-546 págs.

La Revolución francesa de 1789 inició el camino de la Revolución permanente secundada por la Revolución industrial del siglo XIX. Desde este punto de vista, es decir, desde el de la historia contemporánea, el fenómeno constituye la base del marxismo comunista, tal como se viene exteriorizando en la actualidad.

La obra *El mesianismo político* constituye el segundo tomo de una trilogía que el autor empezó a publicar hace nueve años bajo el título de *La historia de la democracia totalitaria*, ocupándose, en el primer tomo, de los orígenes de la democracia totalitaria. Al definir la sustancia de este fenómeno, Talmon dijo que ésta se basaba en la suposición de que en la política valdría una única y exclusiva verdad. Como ideología de coacción y de centralismo, la democracia totalitaria se fué desarrollando no por haber, acaso, negado los valores del individualismo liberal en el siglo XVIII, sino por presentarse frente a él como un sistema perfeccionado, es decir, como un sistema más perfecto, sin romper con el mismo... El hombre debería ser liberado de toda clase de restricciones, y aun más, deberían ser suprimidas o simplemente rechazadas todas las tradiciones existentes, todas las instituciones retransmitidas por el pasado junto con toda clase de contratos sociales, para ceder paso a nuevos valores con el único y exclusivo fin de garantizar al hombre el conjunto de sus derechos y de sus libertades, liberándolo de cualquier forma de dependencia y de las consecuencias que trae consigo la desigualdad entre los hombres.

Antes de terminar el siglo XVIII, el extremismo individualista se habrá transformado ya en un sistema colectivista de la coacción, en la idea de la dictadura revolucionario-provisional. Por consiguiente, el lector podrá bien localizar el papel que en la política internacional desempeñan la Unión Soviética y sus satélites. Sin decir toda la verdad, el presente libro le orientará en encontrar ciertas respuestas a (también) ciertas preguntas que se le ponen de parte de la vida política en nuestros días, y ello, desde el punto de vista tanto interior como exterior...

El autor nació en Polonia, en 1916, y es, actualmente, profesor de Historia contemporánea en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Presta, en este caso, especial atención a la primera mitad del siglo XIX, hasta la Revolución de 1848. Sin embargo, presta atención al «mesianismo político», evitando, por lo tanto, la expresión «democracia totalitaria», por considerarla como demasiado restrictiva para abordar el problema en estudio desde el punto de vista menos importante, pero que—no obstante—se relaciona directa o indirectamente, con las ideas en que se verificaría el totalitarismo «democrático».

El objetivo principal del libro es el mesianismo político—o también, el nacionalismo mesiánico—, en Francia, Italia y Polonia, aunque ocasionalmente se hace alguna excursión a campos limítrofes. Por cierto, el mesianismo político francés resulta ser, hasta ahora, el más eficaz y por ello el más negativo para la humanidad. El marxismo-leninismo-stalinismo-jruschevismo es el hijo del mesianismo político francés, simplemente porque las «ideas francesas» mandan no solamente en Europa, sino en el mundo entero, precisamente desde 1789. Mandan y dominan al mundo en el sentido de representar la base del actual caos internacional en el terreno ideológico. Que el lector no lo olvide... El mesianismo polaco, por el contrario, ha sido el más heroico (y por esta razón el más romántico), y es un hecho que debería tenerse en cuenta al examinar la función histórico-internacional no solamente de los polacos, sino, en parte, de los eslavos en general. El único positivo que aportó a la humanidad es haber salvado a la propia nación polaca del ocaso que le venía tanto desde el Este como desde el Oeste. Fué un medio de contrarrestar la rusificación, por un lado, y la germanización, por otro, como en el caso de Eslovaquia, el «mesianismo político eslovaco» sirvió de medio de autodefensa ante la acentuada magiarización de los eslovacos que empezó, precisa-

mente, en la primera mitad del siglo XIX. El mesianismo político italiano es, quizá, el más realista y el más elástico, ya que llegó a la unidad política de Italia y, al mismo tiempo, conquistó para su país un cierto prestigio en el campo de la política mundial.

Ahora bien, la actual crisis mundial es, al parecer, fruto del choque entre la democracia empírica y liberal, por una parte, y la democracia totalitario-mesiánica, por otra, siendo el problema central la puesta en prueba de la continuidad histórica frente a las fuerzas de una transformación socio-económica y político-moral revolucionaria. Por ello, el lector encontrará en esta obra nombres de Saint-Simon, Fourier, Considerant, Fichte, Lamennais, Michelet, Mazzini, Mickiewicz, de Maistre, Bonald, Humboldt, Constant, Lamartine, Marx, etc., a través de los cuales se intenta presentar la cuestión del mesianismo político como fenómeno cuya exteriorización teórica y práctica es a la vez lógica y contradictoria. Creemos que el autor consiguió su propósito sin que la obra constituya una fuente exhaustiva de ideas para dar por terminada la investigación sobre: el «mesianismo socialista» (parte primera), el «nacionalismo mesiánico» (parte segunda), la «derecha contrarrevolucionaria o el romanticismo alemán» (parte tercera), «ideas y realidad» (parte cuarta), «1848—prueba final y fracaso» (parte quinta). En el Epílogo el autor dedica unas consideraciones a la dictadura bonapartista, a la reorientación nacionalista liberal y marxista.

Como es sabido, el socialismo y el comunismo han llegado al final de sus especulaciones teóricas. Lo confirmó la realidad política y económica de los últimos ciento cincuenta años y en Talmon encuentra su nueva confirmación; la fecha de este proceso podría ser colocada en 1847-48, es decir, antes de la aparición del *Manifiesto comunista*. El socialismo «científico» de Carlos Marx, de fecha posterior, debería ser considerado como parte de un movimiento más amplio de ideas de la época, incluso podría decirse, de una religión, localizado con el nombre de «mesianismo político». Cada uno de los pensadores mesiánicos pretendía sustituir la fe cristiana por una «nueva» religión que consistiría en «establecer la unidad de la vida», rota por las teorías cristianas del pecado original, del eterno antagonismo entre espíritu y materia. Las profecías del mesianismo no se cumplieron precisamente en 1848 y la Revolución probó que la tradición conserva su vitalidad. No obstante, el mesianismo político llevó a la superficie al nacionalismo como factor de lucha contra el absolutismo dinástico. El desarrollo del nacionalismo, desde una ideología universalmente difundida y concebida hasta el dogma de la absoluta primacía del imperativo del sobrevivir y de la grandeza nacionales, subraya, una vez más, la victoria de la tradicional realidad orgánica social sobre las tendencias de un renacimiento y unidad abstracta.

Otra de las interesantes conclusiones a que llega el autor consiste en la constatación de que la primitiva ideología del mesianismo político fué desplazándose hacia el Oriente, aunque las ambiciones político-mesiánicas perduran entre los pueblos de Europa en forma de una «perversa neurosis», que en los momentos críticos culmina en violencias (nacional-socialismo o comunismo), transformándose de una religión en una enfermedad, en oposición a su original aspecto vital representado por la «tradición judaico-cristiana...».

El idealismo y las esperanzas del mesianismo político, según las cuales la vida del hombre y el desarrollo de la sociedad serían regidos por la racionalidad científicamente organizada, no se han cumplido. En el contexto de la moderna tecnología, el mesianismo político adquiere dimensiones verdaderamente apocalípticas. Por primera vez en la Historia dispone de medios de destrucción en masa. El *homo oeconomicus* ha fallado por completo, como se deduce de los acontecimientos de las últimas décadas, declara el autor, considerando que el pensamiento histórico ha de adquirir una nueva dimensión—la de la psicología—. Si no nos equivocamos, Talmon se referiría, en primer lugar, a la psicología desarrollada por Jung. Sólo que si ésta puede contribuir al esclarecimiento de una serie de cuestiones concernientes a la naturaleza humana (lo creador en el hombre, por ejemplo), respecto al poder y a la libertad, dudamos que bastaría, por sí sola, para sacar a la sociedad de la crisis en que vive desde la Revolución francesa.

S. GLEJDURA.

RECENSIONES

WILLIAM E. GRIFFITH: *Albania and the Sino-Soviet Rift*. The M. I. T. Press, 1963, XVI más 423 págs.

Tenemos la satisfacción de presentar aquí el primer libro de una serie patrocinada por el Centro de Estudios Internacionales del *Massachusetts Institute of Technology*. Esta serie se consagra al examen del comunismo internacional (acciones mutuas entre los factores internos, la marcha de los Partidos comunistas locales, las divergencias en el seno del movimiento comunista internacional).

Excelente postura. No hay sino ver que el campo de los estudios del comunismo internacional es todavía una joven materia. Así lo asegura el doctor Griffith, en el comienzo de su trabajo. Cierto. Muy cierto.

Y he aquí que el público estallido de la disputa chino-soviética en 1960 ha complicado tales estudios y los ha ampliado.

Ahora bien; de todos los aspectos de tan tremenda temática, la ruptura de Albania con la Unión Soviética y su alianza con la China comunista han sido, tal vez, los más inesperados y menos entendidos (vid. pág. VII).

Dándose la circunstancia de que, hoy por hoy, Albania es—a la vez—un síntoma y un símbolo de la vasta hendidura ideológica que divide al mundo comunista.

* * *

Por supuesto, en el estudio de Albania hay circunstancias tan incitantes como algunas de las mencionadas por el autor. Primeramente, quizá estemos ante el país europeo menos conocido en el Occidente. En segundo lugar, tenemos que la documentación referente a los asuntos albaneses no ha sido fácil de disponer, y de utilizar, por los estudiosos.

En todo caso, ahora se cuenta con un accesible análisis de la Albania de nuestros días.

La obra se abre, tras una corta introducción, con una sección—siete páginas—referente a «la larga, compleja y profundamente balcánica historia de Albania», en la que se estudian los factores permanentes en la historia de este país (su falta de unidad religiosa y social, la xenofobia de su pueblo, el internacionalismo de muchos de sus dirigentes, su violento nacionalismo, etc.).

La moderna historia de Albania viene configurada como una combinación de influencia o dominación exterior, irredentismo territorial y permanente inseguridad. Hasta el punto de que todos los albaneses adultos—todos los políticamente conscientes y, desde luego, los actuales gobernantes—han crecido bajo el convencimiento de que la independencia albanesa se ha visto constantemente amenazada por el exterior—control o partición—.

Más espacio—25 páginas—se dedica a la historia del Partido comunista albanés, del que no existe una adecuada historia. Ahora bien; Griffith lleva a cabo una interesante reconstrucción, partiendo de fuentes yugoslavas y albaneses. En ella, el lector encontrará pormenores sobre el surgimiento del comunismo, los orígenes sociales e intelectuales de sus dirigentes, las luchas internas, el período de influencia yugoslava, la fase de influencia soviética y los factores que han permitido a Hoxha el control del país.

En cuatro capítulos—133 páginas—se traza la trayectoria del conflicto soviético-albanés en los años 1960-1963. Partiendo de las Conferencias de Bucarest y de Hanoi y la Declaración de Moscú (1960), el autor nos muestra el tortuoso camino de las relaciones internacionales entre Moscú, Pekín y Tirana, que conducía a la ruptura de relaciones diplomáticas (fines de 1961).

No obstante, en todo este asunto se imponen unas palabras de advertencia: fué

RECENSIONES

Pekín, no Tirana, quien inició el *rift* con Moscú en junio de 1960 y, después de eso, Hoxha no tenía elección (pág. 34).

En esta estimación de la marcha del conflicto Moscú-Tirana, se utiliza principalmente un criterio cronológico, con adicionales explicaciones de los aspectos económicos de los desacuerdos. En cada estadio de la problemática, el autor resume las relaciones soviético-chinas y los acontecimientos interiores albaneses. Parejamente, se procede a una evaluación del papel de Albania en la disputa Moscú-Pekín, en las relaciones soviético-yugoslavas y en el conjunto de la política balcánica.

El último capítulo nos sitúa en el contexto de la Albania actual, con una situación interna notablemente estable (pág. 172) y una reactivación de su acción diplomática (vínculos con Italia, etc.).

En esta ocasión, merece recogerse un pensamiento de la obra reseñada: «como ha demostrado el asunto albanés, una vez más, nuestra época es verdaderamente un tiempo de nacionalismo» (vid. pág. 174).

Y verdad es que «el extremo nacionalismo de Albania» ha sido la *mayor causa* para Hoxha. ¿En qué clase de nacionalismo hemos de pensar? En un nacionalismo, como el polaco, de carácter defensivo: el de un país pequeño, pobre, rodeado de vecinos hostiles, siempre amenazado por la división, la absorción o el control extranjero.

Ante tal evidencia, la China de Pekín resulta—desde la óptica albanesa—el protector ideal para un acosado y débil Estado balcánico. China es poderosa, pero está lejos; es hostil a la Unión Soviética, pero no se halla desprovista de influencia sobre ella; se muestra fuertemente opuesta a Yugoslavia en el terreno ideológico y ferozmente antiestadounidense (como lo es Albania, debido a la ayuda de Washington a Belgrado).

Pone fin al estudio de Griffith una serie de cuadros estadísticos relativos al comercio exterior, a la industria, a la minería y a la agricultura de Albania.

El libro comentado se ve avalorado con unas interesantes tablas insertas en el texto y un índice de trece páginas.

* * *

Un punto a destacar del volumen reseñado es su fuerte fundamentación sobre material albanés sin publicar hasta aquí y, en gran parte, sin estudiar. Teniendo presente la falta de trabajos—en el Occidente—acerca del tema, el autor aporta muchos documentos albaneses, básicos en la disputa chino-soviética, pocos de los cuales habrían estado antes—en traducción—a disposición de los preocupados por tal problemática.

Más de la mitad del libro—224 páginas—se reserva a la inserción—en menuda tipografía—de 34 documentos. Estos han sido traducidos de la lengua original o revisados sobre los textos auténticos.

* * *

A la luz de esta obra, una vez más impresionan las facilidades de trabajo de que gozan en los Estados Unidos los estudiosos de las Relaciones internacionales. (Vid., como una muestra, las voluminosas notas a pie de página.) El mismo autor reconoce la atmósfera—única e irremplazable—del C. E. I. del M. I. T. y las oportunidades ofrecidas a sus miembros. En esa misma línea, cabe citar la labor de los asistentes de investigación (y—lo que es más llamativo aún—el leal reconocimiento de su contribución).

* * *

En resumen, y concluyendo, puede decirse que este volumen ofrece el primer examen detallado, sistemático y documentado, de la ruptura soviético-albanesa: su fondo,

RECENSIONES

sus causas, su rumbo y su significado. Aspectos que, en buena parte, no habían sido explorados suficientemente.

Desde luego, la obra del doctor Griffith—un asiduo investigador de los asuntos del comunismo internacional—constituye una destacable contribución a la comprensión del movimiento comunista internacional en su conjunto y al conocimiento del papel específico de Albania en el complejo de cuestiones del bloque chino-soviético.

¡Buena incitación a empresas de ese estilo!

LERUGAR.

J. LACOUTURE y J. BAUMIER: *Países del Tercero Mundo*. Ediciones Cid. Madrid, 1963, 317 págs.

En diciembre del pasado año 1963, la Asamblea General de las Naciones Unidas cerró su décimoctava sesión después de haber admitido a dos nuevos miembros africanos; es decir, Kenya y Zanzíbar. Desde aquel momento, el conjunto de Estados que componen la O. N. U. se elevó a 113. De ellos los africanos son de hecho 34 (poniendo aparte a la Unión Sudafricana), pero dicha cifra sólo cobra su significación cuando juntándolos con los asiáticos suman entre todos 58 países miembros; es decir, un poco más de la mitad del total. Esto no significa todavía una verdadera mayoría ni mucho menos un comienzo de predominio; tanto porque no llegan a los dos tercios previstos por la Carta de San Francisco, como porque cualquier cambio radical de la Carta necesitaría el consentimiento unánime de los miembros permanentes del Consejo Seguridad: O sea Norteamérica, la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y la China de Formosa. El acercamiento de De Gaulle a Mao Tse Tung ha venido después a fijar la atención sobre la posibilidad de que si la China de Pekín llegase a la O. N. U. y al puesto del Consejo de Seguridad, habría un elemento de diversidad. Pero el interés del papel de los afroasiáticos no consiste en su número de miembros, ni en las conexiones con una China que oscila entre lo neutralista y lo marxista. El fondo de la cuestión sigue siendo (por ahora) que «los cincuenta ocho» estén teóricamente incluidos en el mundo más amplio de los «subdesarrollados» o «en vías de desarrollo»; del cual forman en cierto modo parte los hispanoamericanos.

Así, por varios conceptos y varios motivos de creciente actualidad, la conocida frase de «Tercer Mundo» acentúa cada vez tanto su extensión como su confusión. Al poner en circulación esta denominación no se han podido fijar al mismo tiempo sus características ni sus distinciones. El uso corriente ha tomado como punto de partida la fecha de abril de 1955, en que la celebración de la Conferencia de Bandung puso en uso la palabra «afroasiático» como un vocablo unido. En realidad, la mayor parte de los Estados que allí se reunieron tenían pocas cosas en común; aparte su oposición declarada a todas formas del colonialismo y a la hegemonía de las que entonces se consideraban potencias mundiales. Por eso en los años posteriores se fueron usando, revueltos con el concepto global de lo afroasiático, los de no-alineación, antidiscriminación, subdesarrollo, etc., etc., sin que se hayan podido fijar en términos concretos.

Por otra parte, resulta que las líneas de evolución de 1964 tienden a poner los temas de los países del indeciso y enorme sector universal de los ex colonizados y semi-colonizados en un primer término evidente. En los comienzos de marzo había en perspectiva de preparación la celebración de dos conferencias internacionales, cuyos orígenes y principales organizadores proceden del afroasiaticismo que quedó proclamado entre 1955 y 1963. La primera Conferencia en el tiempo, parece que será la de un «nuevo Belgrado», o reunión de países «no-aliados» convocados en Colombo por un comunicado oficial de Abdel Nasser, Tito y la señora Bandaranaike. La segunda conferencia será la propuesta por Chu En-lai (con el concurso de Sukarno y Nkrumah) como un «nuevo Bandung». En el momento de cerrarse esta recensión no se sabía si

las dos conferencias resultarían complementarias o contrarias (aunque la segunda hipótesis se apoya con la doble intervención de figuras como la señora Bandaranaike). Pero sea cual fuere su nueva articulación y sus dirigentes predominantes, el «Tercer Mundo» tiende a querer ser un complejo casi homogéneo.

Todo esto sirve para demostrar la necesidad de poder utilizar obras de conjunto en las cuales se reúnan las utilidades de buscar perspectivas de enfoque lo más objetivas posibles, y de acumular puntos de vista diferentes (y hasta opuestos) en los cuales el valor documental se obtenga precisamente buscando un término medio entre los contrastes. Para este doble propósito uno de los libros más útiles es sin duda *Países del Tercer Mundo*, original de J. Lacouture y J. Baumier. Se trata de la traducción y edición española del libro antes publicado en francés bajo el título *Le poids du Tiers-Monde*. Es un libro a lo largo de cuyos capítulos, lo que más fácilmente se aprecia es el empeño de evitar prejuicios preconcebidos, de enumerar la mayor parte posible de las realidades, a través de las etapas que está marcando su zigzagueante pero continuada evolución... Así, la obra de J. Lacouture y J. Baumier comienza preguntándose: ¿Qué es en realidad el Tercer Mundo? Pero no quiere dar una respuesta axiomática, sino que quiere ir desarrollando los tres aspectos principales, que son el despertar, el uso de la responsabilidad y la relación del Tercer Mundo con los otros.

Acaso el capítulo más profundo (y desde luego el más apasionante) sea precisamente el primero, en el cual las cardinales directrices se buscan bajo la forma de un animado coloquio. Aparecen reunidos un economista mejicano, un sociólogo senegalés, un jurista egipcio, un físico camboyano y los dos autores franceses. Estos dicen y escriben que se trata de «intentar, si no definir, saber al menos lo que pone en juego». Y la primera pregunta común es la de si el referido mundo está precisamente compuesto por los países o los pueblos que buscan su camino y su vida, entre otros, que son el «Occidental» y el socialista.

El interlocutor mejicano recuerda el parecido entre la frase de «Tercer Mundo» y la del «Tercer Estado» que precedió a la Revolución francesa. En ese caso habría una aproximación entre el año 1789, de los «Estados generales», y el 1955, de Bandung. Pero el «Tercer Estado» se inició en escala nacional interna, y Bandung quería ser un complejo de «pequeños países» ya liberados o en vías de liberación. Según el interlocutor camboyano, el principal modo de liberarse fué para los de Bandung el salir del subdesarrollo, precisamente por el camino de la independencia. Pero una observación del senegalés pone el acento, no en el subdesarrollo, sino en que habiendo dejado de ser colonias, continúan todavía obstaculizados por tales o cuales secuelas de la colonización (sobre todo en el plano cultural); pueblos a los cuales se ha privado de su propia cultura en los medios de expresión. Y el jurista egipcio cree posible resumirlo todo desde las perspectivas de la manera de encararse con su porvenir y su desenvolvimiento entre los otros dos bloques. No habiendo participado directamente en la revolución liberal-capitalista europea del siglo XIX, ni en la socialista del siglo XX, buscan su propio camino a su medida.

En el concepto o la frase de «a su medida» puede estar el punto medio, o la neta general, mucho más que en lo político doctrinal o lo económico estricto. No se trata tanto de saber lo que piensan y quieren los pueblos del «Tercer Mundo» (o del subdesarrollo), sino de cómo lo realizan. Así coinciden en Asia, por ejemplo, Japón, que sigue una estructura «occidental»; Vietnam del Norte, que se ha alineado con China, o la India, que sigue oscilante. Lo común es el carácter práctico y concreto de sus planificaciones o incluso de sus construcciones del socialismo localista y hasta nacionalista. Buscar cada uno, o varios en grupos, fórmulas conformes con su personalidad, y no imitadas, de las grandes potencias. Querer «un socialismo que les vaya bien» o un liberalismo autoritariamente dirigido, pero siempre con sello nacional.

En cualquier caso, los valores verdaderamente emocionantes, apremiantes, ineludibles, de la cuestión, no son tanto de ideas y aplicaciones, como del acortamiento y acercamiento; J. Lacouture y J. Baumier dicen como afirmación inicial y principal: «El tiempo del mundo concluso ha comenzado; no hay ya tierras baldías en el Este, ni en el Occidente hay Far West. En este tambor cerrado que es el mundo, todo-

RECENSIONES

golpe dado en Seul o en Caracas, resuena en Bonn y en París»... Si el mundo ha llegado a ser uno, y los continentes no tienen fronteras, el primer papel (si es que aún puede haber primeros papeles) corresponderá a los pueblos que sean a la vez más numerosos, más prolíferos y mejor entrenados contra las privaciones. Es decir, muchos de los que destacan en el Pacífico y el Oriente Medio, Hispanoamérica, los países árabes y el negrismo disperso. Todos del Tercer Mundo y siempre con vinculaciones directas, aunque en grados diferentes.

Lo mismo para los dirigentes de esos pueblos que, con o sin motivo, han sido calificados de retrasados, que para las naciones calificadas de adelantadas y económicamente florecientes, pesan las mismas responsabilidades de adaptación y colaboración. No sólo para cooperar con la suficiente sinceridad, evitando las perturbaciones de los rencores de las descolonizaciones que tienden a reemplazar las luchas de las emancipaciones, sino para que la adaptación del Tercer mundo se haga con una solidaridad tan fácil y espontánea como un reflejo biológico, y según un espíritu mundial.

RODOLFO GIL BENUMEYA.